

II

La disciplina y el trabajo

En toda educación es necesaria la disciplina, es decir, la sujeción del niño á ciertas costumbres regulares, necesarias para la buena educación privada, y sobre todo para la educación pública.

Es evidente que si el niño las soportase como un yugo odioso, que sacudiría muy pronto, y bajo el cual no se doblega sino por presión exterior, el beneficio que de ello resultaría para afirmar el carácter, sería muy poca cosa, por no decir nulo, porque se abandonaría entonces con languidez resignada, causa segura de molición por costumbre.

Pero supongamos á un niño ó á un joven, que de buena voluntad se presten á la acción de la disciplina, y afirmamos que pronto adquirirán una gran solidez.

¿De qué se trata pues? De enseñar al niño á *querer* con perseverancia; es decir, á pesar de los obstáculos ó tentaciones de desalientos. Así pues, ¿quién admitirá nunca que la campana ó el tambor resuene agradablemente en los oídos del escolar, ya sea que se trate de poner término á una recreación estruendosa, ó á una charla agradable, ya sea que tenga que dejar un trabajo comenzado ó

suspender la solución de un problema que le interese?

Nadie lo pone en duda, y hay en esto materia para toda clase de esfuerzos, y ¿en qué ejercicios se fortificará más la voluntad que en esa lucha cotidiana? El que haya sabido en esas innumerables ocasiones, querer lo que quería el reglamento, y quererlo sencillamente porque era el cumplimiento de un deber, ¿no se dispone maravillosamente para el porvenir, á no retroceder ante ningún esfuerzo, ante ninguna dificultad cuando la conciencia haya dejado oír su voz? Se halla tanto mejor dispuesto, porque un primer esfuerzo llama y facilita el segundo; y porque bajo la áspera corteza de ese fruto, encuéntrase un sabor incomparable que eleva, fortifica y atrae, y que, después de repetidos esfuerzos, el esfuerzo es solo uno, no cuesta nada y lleva en sí mismo su recompensa.

Se necesita además observarlo después de otros: un esfuerzo momentáneo casi siempre es fácil, porque es seductor y heroico, y por naturaleza casi siempre es corto. Un poco de exaltación, un relámpago de entusiasmo, y se llega como al asalto; sin embargo, dicho esfuerzo está expuesto á muchos riesgos, y en presencia del peligro, la actitud del hombre más honorable depende de muchas circunstancias que no puede dominar ni prever; y en esto convienen los más valientes ¿Quién puede garantizarse contra los



efectos de la sorpresa, por ejemplo, de la sorpresa que con el miedo, y á menudo con el miedo, se apodera de improviso del organismo y lo derriba? Pues bien, contra ese peligro para la firmeza, como contra muchos otros y sobre todo contra la lasitud, nunca se encuentra uno suficientemente armado; y el que tiene más probabilidades serias de triunfar, es aquel que en vez de un esfuerzo momentáneo, hace esfuerzos constantes sobre sí mismo, lo cual es más difícil; el que está acostumbrado á mirar frente á frente el deber, y á asegurar su cumplimiento con rápida intuición por frecuente que sea.

¿Qué será pues si al vigor de la disciplina agregamos la virtud fortificante del trabajo que es la consecuencia necesaria? El trabajo ha llegado á ser un castigo desde la primera caída del hombre, y ninguno de nosotros ha vivido sin experimentarlo con más ó menos frecuencia. El trabajo ocasiona pues un dolor, y el que se somete valientemente á él desde la infancia adquiere una energía moral que no volverá á encontrar. Y esto es exactamente verídico, cualquiera que sea el trabajo á que uno se consagre, puesto que no hay trabajo sin esfuerzo de voluntad, y que así la voluntad se fortifica constantemente, como nuestros miembros, por medio del ejercicio. Por lo mismo en la educación debe uno preocuparse para no dejar inactiva ninguna

de las potencias del hombre; se debe aun hacer trabajar el cuerpo (paseos, carreras, ejercicios violentos, gimnasia, etc., etc.) Primero á causa de sus necesidades particulares, y después á causa de la influencia inevitable que su estado de fuerza ó de debilidad ejerza en el espíritu. Pero como dijimos en el capítulo precedente, la inteligencia es la que se debe hacer obrar, para que dirija útilmente las fuerzas que se le han confiado, y más que todas la voluntad que necesita no solamente fortificarse, sino aguerrirse.

Dijimos en uno de los primeros párrafos de este estudio, que la voluntad necesita ejercitarse para ser digna; pero lo necesita sobre todo para permanecer firme, por que ¿quién no sabe cuánta debilidad se apodera de un miembro cuando está condenado á la inacción?

Este trabajo de la voluntad consiste natural y principalmente en la aceptación de la disciplina como lo hemos dicho ya; pero un maestro atento debe buscar algo más. Á cada instante, el discípulo encuentra dificultades en su instrucción, no sólo por el trabajo que le cuesta, sino también porque su inteligencia, que sólo se desarrolla poco á poco, no consigue desde luego comprender. Si se inquieta uno en no dejarle renunciar á la tarea antes de haber hecho suficientes esfuerzos; si por la solución de una parte de la dificultad se le decide á



que busque por sí mismo la solución de lo que queda; si poco á poco se le proponen constantemente nuevos resultados que perseguir, evitando el disgusto y el cansancio, ¿no se habrá fortificado poderosamente así esa voluntad que sólo quería obrar? No ignoramos que se necesita mucha mesura por temor de desalientos; educaciones muy bien comprendidas é incontestablemente muy bien llevadas á cabo, la de Pascal por ejemplo, tenían por principio fundamental poner siempre al discípulo por encima de las dificultades que se le proponían; de aquí debe deducirse por lo menos, que un nivel muy elevado sería ciertamente un obstáculo para el desarrollo de las facultades. Pero será preciso también acordarse y hacer comprender al niño que el fracaso en el objeto que se ha propuesto no es nunca un fracaso total. Ha progresado con sólo el hecho de haber hecho un esfuerzo, porque como lo dijimos ya, importa más aprender á querer enérgicamente el bien que adquirir el conocimiento especulativo de la verdad. Es también cierto, digámoslo de paso, que bajo el punto de vista de la inteligencia, el hombre adquiere por medio del esfuerzo, un desarrollo real; aun cuando no haya entrado en la plaza y solo conozca perfectamente los alrededores, si ha circunscrito el círculo de lo desconocido, y si por último, ha dado arranque á su espíritu, llegará sin apercibirse de ello, y la verdad le iluminará súbitamente, á conse-

cuencia de un trabajo latente que es más fácil hacer constar que explicar.

Lo esencial para el maestro consiste pues, en seguir detalladamente ese progreso de la voluntad, en sus alumnos; decimos detalladamente, porque si no tiene la abnegación necesaria para interesarse por cada uno de ellos, en la medida de sus fuerzas, no conseguirá gran cosa. Hay tierras y plantas, á las que no bastan las lluvias irregulares y el rocío del cielo.

Apenas si necesitamos decir, para terminar, que la firmeza del niño tiene por origen y por sostén indispensable la firmeza del maestro y de los padres, y la unificación en el mando. El niño debe convencerse de que se quiere obtener de él, *absolutamente*, la disciplina y el trabajo. Si tiene siquiera alguna incertidumbre, si sospecha siquiera que uno titubearía y que podría acabar por ceder, todo está perdido; ó se abandona á su apatía natural, ó pondrá lo que tenga de voluntad al servicio del desorden y de la rebelión, y entonces no adquirirá la firmeza que se desea. Por otra parte, esa incertidumbre de los niños, respecto al resultado final, es el alma de todas las resistencias y de todas las insubordinaciones; y además, ¿cómo formar á los niños en una virtud que uno mismo no posee, y de la que no puede darse el ejemplo? Es también indispensable el apoyo moral y asegu-



rado de los padres. Si hay algunos que hayan comprometido con deplorables debilidades la primera educación de sus hijos, que se apresuren á poner su autoridad en manos más firmes.

Y que no se diga que el temor al maestro pueda ser causa de pusilanimidad. Si el maestro fuera una especie de salvaje, que obra por medio del terror, amenazando violentamente, ó ejecutando con rudeza ó brutalidad, eso sería exacto, sobre todo con niños jóvenes; pero razonamos en una hipótesis muy diferente, y entonces, así como la ley de la razón no rebaja los caracteres que á ella se someten, así también el temor respetuoso es un sostén contra las malas inspiraciones y no otra cosa, precisamente porque está de conformidad con la razón. Si se tratara de ese temor servil y bajo, que obra fuera de toda conciencia y sólo inspira hipocresía, sería muy diferente; pues ese sí rebaja el carácter; pero suponemos niños, á quienes se haya educado conforme á los principios del primer capítulo.

Desgraciadamente existen caracteres, á los que no será fácil inspirar dignidad, y para quienes el temor será un peligro más de debilitamiento; pero entonces: ó esos niños pueden ser educados sin ese medio y entonces no hay que emplearlo; ó el medio es indispensable, y entonces hay que emplearlo, como el menor mal.

### III

#### La austeridad compatible con las circunstancias

Hemos dicho ya una palabra de la austeridad que debe presidir á la educación, á propósito de los cuidados excesivos que ciertos padres dan á la salud de sus hijos, ó en que los mantienen después de una enfermedad; pero es necesario volver á ese asunto, pues es muy importante. Que la molicie haga muelle el carácter: las palabras mismas nos dispensan de demostrarlo. En medicina, los amargos son en general fortificantes, esto es verdad no sólo en medicina; y en cuanto al carácter, cierta austeridad debe afirmarlo.

Felizmente, no faltan las ocasiones en la escuela ó colegio, para poder practicar esta que, gustosos, llamaremos *virtud*: los bancos no son muy muelles, las habichuelas no son golosinas tan apetitosas, y no siempre sopla en los patios ó galerías un cefirillo primaveral.

Pues bien, de todo eso, debemos felicitarnos, porque un niño que fuera muy sensible á todas esas molestias y les diese importancia, sería incapaz de llegar á esa virilidad que honra.

¿Cómo podrá tener firmeza en presencia del peligro, ó mantenerse en una línea de conducta que no podrá dejar sin deshonor, pero que estará